

Français Español
ARCHIVOS Y DISCURSOS
5 DE FEBRERO DE 2025 • POLÍTICA

CONTRA LA «VASALLIZACIÓN FELIZ... ES HORA DE ACTUAR»: EL LLAMAMIENTO DE SERGIO MATTARELLA

El primer jefe de Estado europeo que opone una resistencia frontal y articulada al proyecto imperial que se perfila desde que el nuevo Silicon Valley se instaló en la Casa Blanca con Donald Trump es un demócrata-cristiano siciliano de 83 años.

El presidente de la República Italiana, Sergio Mattarella, ha pronunciado hoy en Marsella un discurso en el que ha denunciado la «vasallización feliz».

Lo traducimos.

AUTOR **EL GRAND CONTINENT** • PORTADA © FRANCESCO AMMENDOLA/UFFICIO PER LA STAMPA E LA COMUNICAZIONE DELLA PRESIDENZA DELLA REPUBBLICA



En la Italia de Meloni, en un momento en el que la presidenta del Consejo parece jugar una proximidad cada vez más evidente con Trump y Musk, el Quirinal ha querido trazar líneas rojas claras planteando una pregunta estructurante: «¿Pretende Europa ser objeto de disputa internacional, zona de influencia para otros, o por el contrario convertirse en sujeto de la política internacional, en la afirmación de los valores de su propia civilización? ¿Puede aceptar verse atrapada entre oligarquías y autocracias?»

Retomando el título del *GC del domingo* del 18 de enero de 2025([suscríbase para recibir el boletín cada semana](#)), Sergio Mattarella marcó un rumbo: «Con, a lo sumo, la perspectiva de una ‘vasallización feliz’, tenemos que elegir: ¿ser ‘protegidos’ o ser ‘protagonistas’?».

Desarrollando el análisis sobre el tecno-cesarismo, advirtió de «la emergencia de los nuevos señores neofeudales del tercer milenio —estos nuevos corsarios a los que se pueden atribuir las patentes— que aspiran a que se les confíen señoríos en la esfera pública y a gestionar partes de los bienes comunes representados por el ciberespacio y el espacio exterior, convirtiéndose casi en usurpadores de la soberanía democrática».

No es la primera vez que el Presidente de la República critica duramente a Elon Musk.

En noviembre, Mattarella había respondido con firmeza a una campaña del dueño de X, que había cuestionado la independencia del sistema judicial italiano después de que un tribunal romano se negara a validar el traslado de inmigrantes a Albania.

En una declaración inusualmente dura para las comunicaciones a menudo muy institucionales del Quirinal, el presidente de la República italiana había recordado que «Italia es un gran país democrático [...] que sabe cuidar de sí mismo» y denunció cualquier injerencia exterior, en alusión al futuro papel de Musk como asesor bajo la administración Trump: «Cualquiera, especialmente si, como se ha anunciado, está a punto de asumir un importante papel gubernamental en un país amigo y aliado, debe respetar su soberanía y no puede arrogarse el derecho de darle directrices». Ante esta postura particularmente dura, Musk había enviado un mensaje a la agencia ANSA en el que afirmaba su respeto por Mattarella y la Constitución italiana, al tiempo que defendía su derecho a la libertad de expresión.

¿Es ésta la prueba de que — como hubiera dicho Mike Tyson — «todo el mundo tiene un plan hasta que le dan con un puñetazo en los dientes»?

Señor Presidente de la Universidad,

Señor Rector de la Academia,

Señor Decano de la Facultad de Derecho y Ciencias Políticas,

Señor Director del Institut Portalis,

Señoras y Señores, Decanos y Profesores,

Queridas y queridos estudiantes,

Es para mí un verdadero privilegio recibir el doctorado honoris causa de esta prestigiosa universidad, una de las principales instituciones académicas de Francia.

Quisiera dar las gracias al Presidente, el Profesor Eric Berton, al Profesor Jean-Baptiste Perrier, Decano de la Facultad de Derecho y Ciencias Políticas, y a todo el cuerpo académico y el personal. También quisiera expresar mi gratitud por su compromiso diario con la difusión del conocimiento.

Francia e Italia disfrutan de una relación de proximidad geográfica, cultural y civil que constituye una baza valiosa con la que pueden contar los Estados amigos en el panorama geopolítico, especialmente en el momento actual. El Tratado del Quirinal lo ha confirmado recientemente.

Marsella, a su vez, encarna la plena expresión de ello: es el emblema y la estratificación de esta civilización mediterránea que nos une. Un Mediterráneo que ha unido a los pueblos desde la antigüedad, y que hoy no está exento de aspectos críticos.

Saludo la Conferencia de Estudiantes Cop4 que, en los próximos días, se centrará en la crisis del Mediterráneo, signo de la sensibilidad de las jóvenes generaciones.

Amistad y cercanía significan también responsabilidad compartida y compromiso para afrontar retos de proporciones tan alarmantes.

Una universidad como ésta, en la que estudiamos historia y derecho para tener las herramientas para comprender y gestionar

el presente y el futuro, es el lugar adecuado para reflexionar sobre el estado de las relaciones internacionales y sobre el estado del orden que nuestros países han contribuido a definir.

Permítanme que continúe en italiano.

Las palabras anteriores fueron pronunciadas en francés por el Presidente de la República Italiana. A partir de aquí se traduce entonces desde el italiano.

↓ **MOSTRAR MÁS**

Un orden internacional que, como todos los contratos sociales y todas las estructuras políticas, reafirma su función y confirma su estabilidad si se nutre de compromiso, desarrollando una capacidad de escucha, de adaptación y de cooperación ante los fenómenos que surgen.

La historia, en particular la del siglo XX, nos ha enseñado que este orden es una entidad dinámica, sujeta a equilibrios que, por supuesto, no son inmunes a las tensiones políticas y a los cambios económicos.

A menudo, los desequilibrios que surgen tienen raíces lejanas: en las secuelas de conflictos pasados. O corresponden a impulsos y ambiciones de actores que creen poder jugar una partida en condiciones nuevas y más favorables: la disminución del efecto limitador de las posibles reacciones de la comunidad internacional en el pasado y la aparición de una creciente desilusión con los mecanismos de cooperación en la gestión de crisis. Estos instrumentos se crearon para hacer frente a las presiones incontroladas para reabrir situaciones que antes se habían resuelto diplomáticamente.

La vida de las instituciones surgidas en las décadas posteriores a la Segunda Guerra Mundial, salpicada de repentinos reveses y decepciones, no ha podido demostrar, por desgracia, toda su eficacia potencial.

El juego de vetos en el seno del Consejo de Seguridad ha impedido en varias ocasiones a la ONU desplegar sus esfuerzos de mantenimiento de la paz pero, a pesar de todo, lo que ha podido conseguir ha sido un gran éxito.

Sus detractores olvidan a menudo, entre otras cosas, su papel crucial en el proceso de descolonización o en el desarrollo de un marco normativo para frenar la escalada militar y fomentar el desarme.

Al considerar el futuro del orden internacional, es esencial recordar la secuencia de acontecimientos, acciones e inacciones que condujeron a la tragedia de la Segunda Guerra Mundial, frente a las incertidumbres geopolíticas que caracterizan nuestro mundo actual.

La historia no está hecha para ser repetida servilmente. Pero nunca dejamos de aprender de los errores cometidos a lo largo de la historia.

La crisis económica mundial de 1929 sacudió los cimientos de la economía mundial y alimentó una espiral de proteccionismo y unilateralismo a medida que se

erosionaban las alianzas. El libre comercio siempre ha sido un elemento de entendimiento y encuentro. Muchos Estados no comprendieron la necesidad de afrontar esta crisis de forma coherente, basándose únicamente en visiones heredadas del siglo XIX, concentrándose en la dimensión nacional y apoyándose como mucho en los recursos de los pueblos esclavizados en el extranjero.

Los fenómenos autoritarios se impusieron entonces en algunos países, atraídos por el cuento de que los regímenes despóticos e iliberales eran más eficaces para proteger los intereses nacionales.

El resultado fue la aparición de un entorno cada vez más conflictivo — en lugar de cooperativo—, a pesar de la toma de conciencia de que los problemas debían abordarse y resolverse a mayor escala. En lugar de la cooperación, prevaleció el criterio de la dominación. Y se reabrió la era de las guerras de conquista.

Este era el plan del Tercer Reich para Europa.

La agresión rusa de hoy contra Ucrania es de esta naturaleza.

Hoy también asistimos al retorno del proteccionismo. Hace unos días, en Davos, la Presidenta de la Comisión Europea nos recordaba que las barreras comerciales mundiales habían triplicado su valor sólo en 2024.

La crisis económica, el proteccionismo, la desconfianza entre los actores mundiales y la imposición de reglas voluntarias han asestado un golpe definitivo a la Sociedad de Naciones nacida tras la Primera Guerra Mundial, ya comprometida por la no participación de Estados Unidos que, con el Presidente Wilson, había figurado entre sus inspiradores.

Para Estados Unidos, esto significaba ceder a la tentación del aislacionismo. Pero el trabajo de la Sociedad no fue en vano: le debemos, por ejemplo, la Convención sobre la Esclavitud, que busca abolir la trata de esclavos —y estamos en 1926—.

En el frágil contexto de los años de entreguerras, marcados por un sombrío auge del nacionalismo, tendencias alarmantes al rearme y competencia entre Estados —según la lógica de las esferas de influencia—, hubo una veintena de casos de retirada de la Sociedad de Naciones.

Alemania, con Hitler en la Cancillería, se retiró en 1933. Japón hizo lo mismo. Italia también se retiró en 1937. Estos dos últimos países —junto con Francia, el Imperio Británico y la propia Alemania— eran miembros permanentes del Consejo de la Sociedad de Naciones.



«Los interlocutores internacionales deben saber que en Europa tienen una referencia sólida para las políticas de paz y crecimiento común. Un guardián y protector de los derechos individuales, la democracia y el Estado de Derecho». © Francesco Ammendola/Ufficio per la Stampa e la Comunicazione della Presidenza della Repubblica

Desgraciadamente, desde el principio la Sociedad de Naciones fue incapaz de frenar el expansionismo o las repetidas violaciones de la soberanía territorial, en Europa y en otros continentes.

En los años treinta se produjo un desmoronamiento progresivo del orden internacional, que puso en tela de juicio los principios cardinales de la coexistencia pacífica, empezando por la soberanía de cada nación dentro de sus fronteras reconocidas.

Las políticas de apaciguamiento adoptadas por las potencias europeas frente a los partidarios de estas dinámicas atestiguan un vano intento de contener ambiciones destructivas de la misma envergadura: el Acuerdo de Múnich de 1938, que concedió a la Alemania nazi la anexión de los Sudetes, territorio de Checoslovaquia, sigue siendo emblemático a este respecto.

Una abdicación de la responsabilidad llevó a estos países a sacrificar los principios de justicia y legitimidad, con el fin de evitar el conflicto, en nombre de una solución y una estabilidad que inevitablemente fracasarían.

La estrategia del apaciguamiento no funcionó en 1938: es muy probable que una postura firme hubiera evitado la guerra.

Dados los conflictos actuales, ¿puede funcionar hoy esta estrategia?

Cuando pensamos en las perspectivas de paz en Ucrania, debemos ser conscientes de ello.

Queridas y queridos estudiantes,

estamos muy agradecidos de verlos hoy aquí, implicados, activos y llenos de planes.

Su destino actual —las condiciones en las que vivimos en Europa— son el resultado de decisiones tomadas después de la Segunda Guerra Mundial, pensando en los millones de personas que murieron en las guerras del siglo XX.

Cooperación en lugar de competencia. Hermandad donde regímenes y gobiernos habían intentado sembrar el odio.

Pienso en los cientos de miles de jóvenes que la Segunda Guerra Mundial arrancó de la universidad y de sus familias.

Sobre el rechazo a ceder a la violencia de la arrogancia, sobre el sacrificio de estas generaciones, hemos construido el periodo de paz más largo que Europa haya conocido jamás.

Setenta años de paz.

Por supuesto, en la historia de Francia, hablamos de la llamada Guerra de los Cien Años —116 para ser exactos— con Inglaterra. Para las guerras europeas, también hay periodos —ochenta años, treinta años, quince años—, anillos de la periodización que proponen los historiadores, centrados en los conflictos.

Rara vez nos detenemos en los periodos de paz.

En cambio, es una buena idea referirse a la paz de estas décadas como la Paz de los Setenta Años, con la intención de que continúe y nunca se interrumpa, para decir que la paz es posible.

Que es posible una paz que respete los derechos de las personas, las comunidades y los pueblos.

Que no se trata de aspiraciones irracionales, no apoyadas en hechos. Al contrario.

Al final del conflicto, las potencias aliadas contra el mal nazi y fascista se enfrentaron a la necesidad de establecer un nuevo orden mundial que evitara los errores del pasado y ofreciera nuevas perspectivas a la humanidad exhausta.

El primer resultado fue la Carta de San Francisco, cuyo 80 aniversario celebramos este año.

Resulta sorprendente y fascinante leer su preámbulo, que, no por casualidad, se abre con la frase «nosotros los pueblos». No dice «nosotros los Estados» ni «nosotros las naciones». Proclama «nosotros los pueblos».

En efecto, se puede leer:

Nosotros los pueblos de las Naciones Unidas resueltos

a preservar a las generaciones venideras del flagelo de la guerra que dos veces durante nuestra vida ha infligido a la Humanidad sufrimientos indecibles,
a reafirmar la fe en los derechos fundamentales del hombre, en la dignidad y el valor de la persona humana, en la igualdad de derechos de hombres y mujeres y de las naciones grandes y pequeñas,
a crear condiciones bajo las cuales puedan mantenerse la justicia y el respeto a las obligaciones emanadas de los tratados y de otras fuentes del derecho internacional,
a promover el progreso social y a elevar el nivel de vida dentro de un concepto más amplio de la libertad,
y con tales finalidades
a practicar la tolerancia y a convivir en paz como buenos vecinos,
a unir nuestras fuerzas para el mantenimiento de la paz y la seguridad internacionales, a asegurar, mediante la aceptación de principios y la adopción de métodos, que no se usará; la fuerza armada sino en servicio del interés común, y
a emplear un mecanismo internacional para promover el progreso económico y social de todos los pueblos,
hemos decidido a unir nuestros esfuerzos para realizar estos designios.

Este era el camino que se había trazado con lucidez.

Así nació este complejo sistema de organizaciones internacionales con las Naciones Unidas en su centro, la primera organización verdaderamente universal de la historia de la humanidad, que, aunque con su lado oscuro, persigue desde hace ochenta años el objetivo primordial de la paz mundial, el crecimiento, la expansión de la prosperidad y la solución pacífica de las controversias.

Sin olvidar el respeto de los derechos humanos y de las libertades fundamentales, componente esencial de esta nueva arquitectura.

El gran jurista René Cassin, alumno y luego profesor de esta universidad, coautor de la Declaración Universal de los Derechos Humanos de 1948 y Premio Nobel de la Paz, escribió: «Nunca habrá paz en este planeta mientras se

violen los derechos humanos, en cualquier parte del mundo».

El despotismo de los sistemas fascista y nazi parecía condenado por la historia.

El sistema establecido después de 1945 se rigió durante un largo periodo por una gramática de la bipolaridad basada principalmente en oposiciones ideológicas, a las que, sin embargo, también correspondían intenciones de poder. La Guerra Fría definió las relaciones internacionales durante casi medio siglo: en torno a este enfrentamiento se cristalizaron las relaciones, los alineamientos y los propios actores de la vida internacional. El terror al holocausto nuclear lo dominaba todo.

El 9 de noviembre de 1989, con la caída del Muro de Berlín, la historia y la geografía de Europa y del Mediterráneo se recomponían tras la fractura de la Guerra Fría. Se estaba produciendo una transformación histórica y el orden internacional volvía a cambiar de forma.

El siglo XX llegaba a su fin con el colapso de la Unión de Repúblicas Soviéticas y un nuevo orden mundial, en el que parecía dominar la expansión de las democracias liberales.

Muchos vieron en el final de la Guerra Fría la realización del internacionalismo kantiano: la paz universal basada en valores liberales y democráticos parecía al alcance de la mano.

Era la época de las grandes conferencias de las Naciones Unidas, desde la Conferencia sobre el Medio Ambiente de Río de Janeiro en 1992 hasta la Conferencia sobre la Mujer en Pekín en 1995. Los Objetivos de Desarrollo del Milenio (ODM) vieron la luz en esa época; la composición de las organizaciones internacionales se ampliaba —con la entrada de China en la Organización Mundial del Comercio en 2001— y se producía una integración progresiva de los actores en el orden internacional.

La humanidad parecía haberse dado cuenta de que estaba unida por un destino común y una responsabilidad única.

La globalización, con el crecimiento del comercio internacional, el acortamiento de las distancias debido al aumento y la facilidad del transporte intercontinental, y el flujo cada vez mayor de pasajeros e ideas, ha ampliado los horizontes de la libertad, lo que lleva a muchos observadores a creer que también es el vector más rápido para la paz, la cooperación e incluso la democratización.

La globalización contemporánea ha producido un nivel de integración y crecimiento internacionales sin precedentes en la historia. Miles de millones de personas han salido de la pobreza. Los intercambios de conocimientos y oportunidades han aumentado exponencialmente, el progreso científico ha logrado avances inimaginables y ha dado lugar a aplicaciones prácticas en todos los ámbitos de la vida humana.

La utopía de un mundo «unipolar» se ha hecho realidad en poco más de dos décadas. El proceso se ha detenido ante los

conflictos de intereses, a menudo dentro de las mismas comunidades: pensemos en la antigua Yugoslavia a principios de los años noventa, en la inestabilidad de muchos países del Cuerno de África y del África Subsahariana, y en el conflicto sin resolver de Medio Oriente. Actores, a menudo no estatales —aunque a veces apoyados por Estados— también se han lanzado a la «conquista», sin excluir la práctica de actos de terrorismo.

A principios del siglo XXI, nos enfrentamos progresivamente a una situación cambiante en la que prevalecen los riesgos y una sensación de incertidumbre e imprevisibilidad.

El reto consiste en responder de manera constructiva a la novedad que está surgiendo.

A los organismos internacionales tradicionales se han unido el G7 y luego el G20. El grupo de los «BRICS» ve aumentar el número de sus miembros y representa una parte creciente de la población y de la producción económica mundial, proponiéndose actuar como grupo de presión en la definición de normas y la gestión de oportunidades, casi un renacimiento revisado del grupo de países «no alineados» —que realmente lo eran entonces— que comenzó con la conferencia de Bandung en Indonesia en 1955.



«Se necesitan nuevas ideas, no la aplicación de viejos modelos a los nuevos intereses de unos pocos». © Francesco Ammendola/Ufficio per la Stampa e la Comunicazione della Presidenza della Repubblica

Pero junto a esta nueva articulación multipolar del equilibrio mundial, y en contradicción con ella, reaparece con fuerza el concepto de «esferas de influencia», que estuvo en la raíz

de los males del siglo XX y contra el que luchó mi generación.

A este tema se añade el de la aparición de los nuevos señores neofeudales del tercer milenio —esos nuevos corsarios a los que se pueden conceder patentes— que aspiran a que se les confíen señoríos en la esfera pública y a gestionar partes de los bienes comunes representados por el ciberespacio y el espacio ultraterrestre, convirtiéndose casi en usurpadores de la soberanía democrática.

Recordemos lo que dice el Tratado sobre el Espacio Ultraterrestre en su artículo II:

El espacio ultraterrestre, incluidos la Luna y otros cuerpos celestes, no podrá ser objeto de apropiación nacional mediante la proclamación de soberanía, ni por el uso o la ocupación, ni por ningún otro medio.

La era moderna se ha caracterizado por la «Conquista» de tierras, riquezas y recursos. A lo largo de los siglos, el abandono progresivo de los territorios que ya no eran fértiles fue acompañado de migraciones hacia nuevas costas. Hasta hace relativamente poco, con el mito, en Estados Unidos, de la *Frontier*.

Las normas y los instrumentos estarían ahí para hacer frente a esta fase, ¿por qué el sistema multilateral no parece hacerlo, con el riesgo de que se repita lo que ocurrió en los años treinta: desconfianza en la democracia, resurgimiento del unilateralismo y del nacionalismo?

Hoy, como ayer, crece el bando de quienes consideran superfluas, o incluso perjudiciales para sus propios intereses, las organizaciones internacionales, y piensan en abandonarlas.

¿Los intereses de quién? ¿Los intereses de los ciudadanos? ¿Los de los pueblos del mundo? No parece ser el caso.

Las consecuencias de estas decisiones —como nos enseña la historia— desgraciadamente ya están escritas.

Es hora de actuar: recordando las lecciones de la historia y teniendo en cuenta que el orden internacional no es estático. Es una entidad dinámica que debe ser capaz de adaptarse a los cambios, sin comprometer los principios, valores y derechos que los pueblos han conquistado y afirmado.

Este año —he mencionado Bandung y la Carta de San Francisco— también marca el quincuagésimo aniversario de la conclusión de la Conferencia de Helsinki sobre la Seguridad y la Cooperación en Europa, y el trigésimo aniversario de la OSCE que surgió de ella.

Hace setenta y cinco años, en octubre, se lanzó el plan Plevén para la defensa europea. Era la continuación de la Declaración Schuman de mayo del mismo año, que condujo a la creación de la Comunidad Europea del Carbón y del Acero.

Hace cuarenta años, en el lago Lemán, el presidente estadounidense Ronald Reagan y el presidente de la URSS Mijail

Gorbachov iniciaron el deshielo que condujo a la firma del Tratado de Fuerzas Nucleares de Alcance Intermedio (INF), por el que se eliminaban los misiles llamados del escenario europeo.

En 1990 se firmó en París el Tratado FACE para la reducción de las fuerzas convencionales en Europa.

La distensión condujo a un dividendo de paz en forma de reducciones significativas del gasto armamentístico y a una temporada de acercamiento y puesta en común.

Fue el comienzo de una nueva arquitectura de seguridad europea y mundial.

Una vez más, prevalecieron el diálogo y el espíritu de cooperación.

¿Qué significa esto?

Que la paz no es un regalo de la historia.

Que los hombres de Estado y los pueblos deben comprometerse a alcanzarla.

Que la paz debe desearse, construirse y preservarse.

Incluso desplegando pacientemente medidas de confianza.

Pensemos en la auténtica batería de acuerdos y tratados internacionales que la han apuntalado a lo largo de las décadas.

¿Qué queda de todo esto?

Paso a paso, los protagonistas han empezado a violarlos, luego a denunciarlos.

¿Cuál es el precio de la seguridad? ¿La amenaza del uso, cuando no la práctica, de la violencia?

Estas preguntas conciernen en primer lugar a la propia Unión Europea.

¿Pretende Europa ser objeto de disputa internacional, zona de influencia de otros, o, por el contrario, convertirse en sujeto de la política internacional, afirmando los valores de su propia civilización?

¿Puede aceptar quedar atrapada entre oligarquías y autocracias?

Como mucho, con la perspectiva de una «feliz vasallización».

Hay que elegir: ¿ser «protegidos» o ser «protagonistas»?

La Italia de las Comunas de los siglos XII y XIII, ambiciosa pero atrincherada en la defensa de las identidades individuales, se dio cuenta de la imposibilidad de convertirse en una masa crítica, de sobrevivir de forma autónoma, y acabó siendo invadida y luego repartida.

Europa parece encontrarse en una encrucijada, dividida como está entre Estados más pequeños y Estados que aún no se han dado cuenta de que también ellos son pequeños ante la nueva situación mundial.

La Unión es uno de los ejemplos más tangibles de integración regional, y quizá sea el proyecto —y el ejemplo de éxito— de paz y democracia más avanzado de la historia.

Representa sin duda una esperanza para contrarrestar el retorno de los conflictos provocados por los nacionalismos. Es un modelo de convivencia que, no por casualidad, ha sido emulado en otros continentes, en África, América Latina y Asia.

Es un punto de referencia en asuntos internacionales, para un multilateralismo dinámico y constructivo, con una propuesta de valores y normas que abandona efectivamente la engañosa narrativa de que el comportamiento de los «malos» es más concreto y fructífero que el de los llamados «buenos».

La Unión siembra y difunde el futuro de la humanidad. Testigo de ello son los acuerdos internacionales de estabilización firmados con Canadá, México y el Mercosur. Las mismas políticas de vecindad, las intenciones puestas en marcha tras la Declaración de Barcelona sobre la Asociación Euromediterránea (se cumplen treinta años de aquella fecha).

Los socios internacionales deben saber que en Europa tienen un punto de referencia sólido para las políticas de paz y de crecimiento compartido. Un guardián y protector de los derechos individuales, la democracia y el Estado de derecho.

Quien crea que estos valores pueden ponerse en entredicho sabe que, siguiendo la estela de sus precursores, Europa no traicionará la libertad ni la democracia.

¿Las propias alianzas sólo se justifican por convergencias, transitorias, de intereses, y por tanto, y por definición, variables en geometría, o también se basan en valores?

Como recordó Simone Veil al Parlamento Europeo en 1979, Europa sabe que «las islas de libertad están rodeadas de regímenes donde reina la fuerza bruta. Nuestra Europa es una de esas islas».

Permanecer atrincherados en esta isla no es la solución: necesitamos un orden internacional estable y maduro para responder a la entropía y al desorden provocados por las políticas de poder, y para hacer frente a los grandes retos transnacionales de nuestro tiempo.

Pero las instituciones actuales no bastan, y las ideas propuestas por la Conferencia sobre el Futuro de Europa en los últimos años merecen ser retomadas y puestas en práctica, con una política exterior y de defensa común más incisiva y capaz de transmitir confianza en el papel de Europa para responder a los desafíos globales.

Hemos demostrado que somos capaces de actuar con eficacia en caso de crisis, como hicimos durante la pandemia, y de oponernos con un frente unido a violaciones inaceptables de los derechos de los pueblos, como en el caso de la agresión de Rusia contra Ucrania.

Con la misma eficacia, con la misma unidad, debemos renovarnos ahora para salvaguardar la seguridad y el bienestar de los pueblos de Europa y contribuir a la paz en el mundo, empezando por la dimensión mediterránea y las relaciones con la vecina África.

No es la resignación lo que debe guiarnos, sino la voluntad de concretar los pasos necesarios para alcanzar estos resultados.

Aldo Moro, el estadista italiano asesinado por las Brigadas Rojas, en su calidad de presidente en ejercicio de las Comunidades Europeas de la época, que comprendían nueve países, en su intervención en la sesión final de la conferencia de Helsinki, propuso dar sentido a la fase de distensión internacional que estaba a punto de iniciarse, subrayando que significaba «la exaltación de los ideales de libertad y justicia, una protección cada vez más eficaz de los derechos humanos, el enriquecimiento de los pueblos mediante un mejor conocimiento mutuo, contactos más libres y un flujo cada vez mayor de ideas e información».

La Unión Europea, y Francia e Italia en su seno, debe ponerse a la cabeza de un movimiento que, afirmando los principios fundadores de nuestro orden internacional, sepa renovarlo, estando atenta a las reivindicaciones de quienes se sienten marginados por la construcción actual.

Un camino que no pasa por el abandono de las organizaciones internacionales ni por el repudio de los principios y normas que nos rigen, sino por una reforma profunda y compartida del sistema multilateral, más integradora e igualitaria que la que pudieron realizar las potencias vencedoras de la Segunda Guerra Mundial, a la que, sin embargo, hay que reconocer el gran mérito de reunir a vencedores y vencidos para un mundo nuevo.

Se necesitan nuevas ideas, no la aplicación de viejos modelos a los nuevos intereses de unos cuantos.

En este punto, el presidente de la República Italiana parece polemizar con los ideólogos del trumpismo que creen, como Peter Thiel, que «el futuro requiere ideas nuevas y extrañas», pero que hay que acabar con «el experimento democrático fracasado de los dos últimos siglos» (Curtis Yarvin).

↓ **MOSTRAR MÁS**

Las universidades son lugares ideales para que surjan estas ideas.

Queridas y queridos estudiantes:

La historia está grabada en el comportamiento humano.

El futuro del planeta depende de la capacidad de configurar el orden internacional de manera que se ponga al servicio de la persona humana.

Las elecciones que hagan hoy en materia de multilateralismo y solidaridad determinarán la calidad de su futuro.

No debemos repetir los errores del pasado, sino crear una nueva narrativa.

Sólo juntos, como comunidad global, podemos esperar construir un futuro próspero, inspirado en la equidad y la estabilidad.

Les deseo a todos y cada uno de ustedes mucho éxito en los estudios que están cursando, con la esperanza de que los lleven a ser actores conscientes y participativos en la comunidad internacional.

Les deseo todo lo mejor.

Enlace al artículo:

https://legrandcontinent.eu/es/2025/02/05/contra-la-vasallizacion-feliz-es-hora-de-actuar-el-llamamiento-de-sergio-mattarella/?sma=newsletter_geopolitica&utm_medium=email&utm_source=newsletter&utm_campaign=apunt-esdegeopolitica_2025.02.10_2